



**BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES**

BIBLIOTECA AFRICANA
www.cervantesvirtual.com

MOHAMED BOUISSEF REKAB

Aixa, el cielo de Pandora

[selección de fragmentos]

Edición impresa

Mohamed Bouissef Rekab, *Aixa, el cielo de Pandora* (2007)

En

Mohamed Bouissef Rekab (2007) *Aixa, el cielo de Pandora*. Cádiz: Quorum Editores. (pp. 13-52)

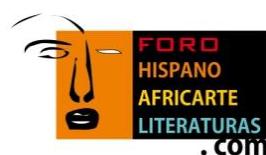
Edición digital

Mohamed Bouissef Rekab, *Aixa, el cielo de Pandora* (2011)
Enrique Lomas López (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Noviembre de 2011



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D
«Literaturas africanas en español. Mediación
literaria y hospitalidad poética desde los 90»
(FFI2010-21439) dirigido por la Dra. Josefina Bueno Alonso



Aixa, el cielo de Pandora
Mohamed Bouissef Rekab

Dedico esta obra
a todos los habitantes de Larache
que, sin duda, verán afinidades íntimas
con los personajes de esta novela.

Yo te miré a los ojos
cuando era niño y bueno.
Tus manos me rozaron
y me distes un beso.

Federico García Lorca, *Madrigal*.

LIBRO PRIMERO

*Pero como suele decirse que un mal llama a otro,
y que el fin de una desgracia suele ser principio de otra mayor,
así me sucedió a mí.*

Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*.

*Il me disait sa certitude que mon pourvoi serait
accepté, moi je portais le poids d'un péché dont il
fallait me débarrasser. Selon lui, la justice des
hommes n'était rien et la justice de Dieu tout. J'ai
remarqué que c'était la première qui m'avait condamné.*

Albert Camus, *L'étranger*.

*Luchando, cuerpo a cuerpo, con la muerte
al borde del abismo, estoy clamando
a Dios. Y su silencio, retumbando,
ahoga mi voz en el vacío inerte.*

Blas de Otero.

La muchedumbre no dejaba de gritar vivas al rey junto a otros eslóganes; de levantar los brazos con energía, los puños apretados y amenazando con «armar el mayor jaleo de la historia de la ciudad» en las narices de la recién creada policía nacional, si no le dejaba hacer lo que quería: los jóvenes policías eran los nuevos y flamantes elementos de la seguridad del Estado, hombres apenas salidos de la adolescencia que encontraron una salida a la miseria en la que pasaron los primeros años de su vida junto a sus padres. En su frenesí, la multitud buscaba alcanzar el fondo de la memoria y de los recuerdos de sus ahora enemigos.

¡Wa I-lah hta dmutu bel qrates, as-sekkama!

¡Wa I-lah hta dmutu bel qrates, al-jawana!

*¡Yahya I-Malik Muhammad el-Jamis!*¹

El ruido se hacía ensordecedor, agobiante, amenazador; aunque esos policías se suponía que no fueron ni chivatos de los colonialistas, ni traidores a la causa nacional, muy profundamente se sentían señalados por las consignas de los manifestantes, que en ese preciso momento eran muy concisas y elocuentes, porque pensaban que si no eran la diana de los manifestantes por lo de *assekkama* (chivatos), sí lo eran por lo de *al-jawana* (traidores).

La gente que se manifestaba —en su mayoría hombres; había algunas mujeres muy metidas en años con chilaba y velo—, consideraba que los que habían sido confidentes de la policía o del ejército españoles, o de los que únicamente se presumía que lo fueron, debían pagar por su quimérica traición a manos de los que dieron sus esfuerzos —algunos de sus familiares ofrendaron su vida— en la lucha contra la ocupación extranjera. Quedaba claro para las fuerzas del orden que para frenar los ímpetus de la multitud, debía utilizarse la violencia. Nadie tenía derecho de hacerle daño a esas personas que, en cierto momento de la reciente historia del país, estuvieron a las órdenes de los ocupantes españoles; los responsables de la seguridad repetían, una y otra vez, por medio de altavoces, que los que debían ser detenidos, lo serían, pero que nadie debía utilizar la fuerza para

¹ ¡Por Dios que moriréis por bala, chivatos! / ¡Por Dios que moriréis por bala, traidores! / ¡Viva el rey Mohamed V!

tomarse la venganza por su mano; que las fuerzas del orden estaban para eso y para amparar con energía los derechos de todos los súbditos marroquíes —algunos de esos recién nombrados policías pertenecían a familias que trabajaron con los colonialistas, ¿de qué manera hubieran podido ir sobreviviendo si sus padres no se hubieran acercado a los españoles? ¿Por haberse arrimado al mejor árbol para cobijar a sus familias, ahora sus hijos, ellos mismos, debían pagar con la vida? Pensaban los jóvenes representantes del orden; además, ¿qué culpa tenían ellos que sus familiares hubieran sido confidentes o simplemente amigos de los españoles?—.

¡Wa I-lah hta dmutu bel qrates, as-sekkama!

¡Wa I-lah hta dmutu bel qrates, al-jawana!

Por lo que, en cierta medida y en ese momento, los jóvenes policías se estaban defendiendo a sí mismos. Gracias a la alianza de sus padres con los ocupantes extranjeros, ahora tenían una tarea, un trabajo que les permitiría vivir dignamente, pues los españoles les habían elegido a ellos para hacer la función que se estaba ejerciendo en la época de transición; del paso de poderes de los españoles a manos de los responsables marroquíes. ¿Serían atacados alguna vez? Seguro que no, pues eran policías del Rey, y todo lo que tenía relación con el monarca, era intocable. En realidad, y aunque no se clamara, las amenazas de la masa humana que se hallaba congregada, estaban encaminadas hacia los propios agentes y hacia esos no mencionados colaboradores; según algunos comentarios que se dejaban oír de vez en cuando como: «deberíamos empezar por estos cabrones»; los enfurecidos manifestantes no se atrevían a vociferarlo por miedo a venganzas posteriores, en caso de descubrir los policías que eran ellos las dianas de los concentrados.

¡Wa I-lah hta dmutu bel qrates, as-sekkama!

¡Wa I-lah hta dmutu bel qrates, al-jawana!

¡Yahya I-Malik Muhammad el-Jamis!

En el núcleo de la muchedumbre, todos con los puños apretados y los brazos en alto, se estaba notando un enfurecimiento sin igual; las caras de los manifestantes eran puro nervio; la furia se iba propagando entre la gente como una ola marina... Representaban gritos de hambre, de tristeza e injusticia; era la angustia de un pueblo hermanado en los lamentos y las lágrimas de años de vejación y de marginación.

De poco sirvió aquel aviso por megafonía del responsable policial, subido en una furgoneta y con el micrófono en una mano y en la otra el altavoz, pues la multitud avanzó al unísono, como si los cientos de hombres se hubieran puesto de acuerdo, hacia las compactas líneas uniformadas, cubiertas con cascos antidisturbios y con escudos, por temor a ser alcanzados por los palos y piedras que llevaba la nerviosa nube humana; de pronto alguien abrió fuego a quemarropa —algunos policías, los

más jóvenes, los que habían sido contratados muy recientemente por los españoles, y que en ese momento estaban al servicio del gobierno de Marruecos, dispararon directamente contra la gente; los más viejos, gente avezada en el trabajo con la sociedad, los que estuvieron siempre al servicio de España en calidad de policías o de soldados, lo hicieron al aire—. La gente al oír los disparos, de manera alocada, se disolvió y empezó a correr a la desbandada, arrollándolo todo a su paso. Hubo varios heridos y un muerto —no se explicaron los que estuvieron presentes, cómo era posible que no fueran alcanzados más manifestantes, pensando en la cantidad de disparos que se hicieron—. Los heridos, por los pisotones de sus propios compañeros, fueron trasladados al hospital militar de la ciudad, uno estaba grave y otros tenían heridas leves; mientras, el muerto por bala, permaneció tendido en plena calle más de dos horas, en la carretera, al descubierto; un charco de sangre negruzca se veía en el suelo, a lo largo de todo su cuerpo; algunas huellas de los manifestantes que la pisaron, se veían cada vez menos claras, menos rojas, a medida que se alejaban de la sangre encharcada, hasta desaparecer unos diez o doce metros más allá —nadie se atrevió a tapar el cadáver con un periódico o alguna prenda; temían ser localizados por la policía como amigos o simpatizantes de los manifestantes, y ser detenidos más tarde—, ahí permaneció hasta que se presentó el joven vicecomisario de policía de la ciudad y dio la orden del levantamiento. El disparo lo recibió en plena cara —parecía increíble que la vida se le hubiera ido por ese agujerito—; el hombre estaba totalmente desfigurado, pero no por la bala, que entró limpiamente por una de sus mejillas y por donde huyeron todos sus recuerdos, sino por los pisotones de la avalancha humana que se le echó encima cuando ya estaba muerto. Uno de sus zapatos, el izquierdo, estaba a más de dos metros del cuerpo —el calcetín que estaba al descubierto, aparecía lleno de tomates que permitían ver el dedo gordo y parte de la planta del pie—, y el otro, el derecho, estaba casi fuera del pie, pero no terminaba de caerse; se le salió definitivamente cuando unos enfermeros lo levantaron, sin ningún miramiento, para meterlo en la ambulancia que había ahí y que llevaba esperando un largo rato —nadie se atrevía a hacer nada sin la autorización de la policía, eran momentos en los que se pasaba literalmente de las órdenes judiciales—. Este calcetín, el derecho, estaba totalmente roto por la parte de los dedos, y se veían todos; sucios, como si el agua nunca hubiera tocado esa parte del cuerpo. El muerto llevaba el pantalón remendado por todas partes y estaba ceñido a la cintura con una sogá fina —atada en forma de lazo, seguramente para facilitar la operación de desatarla cuando, en vida, le hacía falta. Ahora ya no podrá deshacer su lazo nunca más— que se veía por debajo del ombligo y que estaba manchada de sangre. La camisa, o lo que hacía función de tal, era un viejo harapo ennegrecido —antaño parecía que había sido de color claro, sin poder certificar con exactitud qué color fue ese—, abierto totalmente por la parte delantera —no tenía ni un solo botón— y salido del pantalón, que dejaba al descubierto un tórax en el que se podían contar las costillas, también ensangrentadas. El jefe de policía lo miró casi sin verle y con un gesto despreocupado —así lo aparentaba—, dijo que se llevaran «eso» a la morgue. Al hablar mezclaba el árabe y el francés.

Al joven responsable policial, el mal rato de tener que salir de casa cuando disfrutaba de un permiso de tres días, le hizo rechinar los dientes de rabia. ¡Que se joda el maldito pobretón este! ¡Que aprendan estos sucios que ahora manda aquí la policía! Cuando le pidió un permiso de tres días a su jefe, el comisario principal, recibió una mirada de desaprobación que casi lo fulmina. Le molestó mucho, pero no podía hacer nada, sobre todo que el comisario le permitiera ir a descansar, aunque muy a regañadientes; necesitaba ese descanso, por las cuatro noches y cuatro días seguidos que pasó en la comisaría sin salir ni un minuto. Su jefe le dijo que se fuera a donde quisiera, sin mirarle, y eso le molestó muchísimo. ¡Y ahora estos pordioseros que vienen a sacarle a uno de su casa! ¡Ni siquiera me miró cuando me dio el permiso, el muy cabrón! —pensó en voz alta—; y las palabras de repulsa le salieron por cada uno de los poros.

Llevaba un traje de corte fino; se veía a las claras que era de los caros. La corbata se le iba hacia atrás con el viento y a cada dos por tres la arreglaba, poniéndola en su sitio, pero como no se abotonaba la chaqueta, la corbata volvía a levantarse con el viento y a ponerse en la parte trasera del cuello; parecía un dogal y le daba aires de un reo que iba a ser colgado. Su indumentaria desentonaba por completo con la miseria que se veía por todos lados. Lo que no entendía —explicaba el vicecomisario— era qué podía reivindicar un *salud* como ese que había terminado muerto por estúpido... Lo iba comentando con un policía uniformado, bastante metido en años, que no se alejaba de él ni un centímetro, y que asentía con la cabeza a todo lo que decía el joven oficial, y sonriendo con cara de tonto. El comisario había delegado en él todos sus poderes y podía hacer lo que quisiera... Uno más que alimentará las plantas en el silencio de la tierra —sentenció el joven oficial—. Y el viejo policía, sí a todo con la cabeza, sin entender la mayor parte del monólogo de su jefe.

En una acera, alejada de todo el tumulto, iba Aicha despacio, mirando para todos lados, esperando que alguien la abordara para ir a «vivir» un momento de alegría; mas su deseo moría muy cerca de su cuerpo desmoronado. La gente estaba muy ocupada en otros menesteres y ella sobraba en ese escenario —se daba perfectamente cuenta de su situación—. Como de costumbre, iba descalza, los dedos liberados —hacía años— de la asfixia de los zapatos; las plantas de los pies hacían de suelas —por tenerlas duras como una roca, no sentía las chinitas que iba pisando. Por detrás, profundas y anchas estrías en el talón; se diría que el hueso calcáneo era el que estaba salido y agrietado; por delante, los dedos excesivamente separados unos de otros; los gordos de ambos pies tenían unas uñas gordísimas, en las que la suciedad del suelo y el tinte rojo que les ponía, se confundían, dándoles un aire negruzco; estaban torcidas hacia abajo en forma de gancho, prueba de que nunca se molestaba en cortárselas; los demás dedos, al igual que los gordos, los llevaba pintados, también sucios y las uñas muy torcidas; al pisar, las láminas córneas alcanzaban a tocar el sucio y pedregoso suelo—. La cara la llevaba muy embadurnada, exageradamente pintarrajeada de colores rojizos, obtenidos con carmines desconocidos; espolvoreada, con talcos baratos, por ambos lados hasta las pequeñas orejas en las que llevaba unos pendientes de bisutería; las pestañas y las cejas con alcohol, negrísimas. El pelo, que antaño fuera castaño, ahora lo llevaba rojizo con alheña; *henna*

que compraba en un bacalito del Zoco Chico para cubrirse las canas; en esas «tienduchas», los viejos vendedores de hierbas, ya la conocían bien. Falsa pelirroja. La boca pequeña y desdentada, como chupada hacia adentro... Un solo diente en toda la boca.

No quería saber lo que esa gente pretendía obtener con esos chillidos, ella esperaba que sus «clientes» le hicieran propuestas para dirigirse al Balcón Atlántico y acercarse a su escondite; la falda de tablas se le levantaba con la brisa que soplabla y ella ni se preocupaba de impedir que se le vieran los muslos, flacos y ya arrugados. ¡Ah, esa niñez, ahora perdida, cuando me enamoré del hijo de doña Rebeca! ¡Querido Claudio, lo que daría por verte! Fue el único con el que no hice el amor de todos mis enamorados, y al que más quise. ¡Estúpida! Las niñas musulmanas del barrio me decían que con un *nesrani*² no, que me fuera con cualquier *meslem*³, pero que nunca con un *nesrani* infiel, ¡ni siquiera está *mtahhar*⁴! —me repetían una y otra vez— ¿Claudio tenía que estar circuncidado para que pudiera acostarse conmigo? ¡Y yo que les hice caso! ¡Estúpida! ¿Y Jacobo? ¡Qué bueno fue conmigo! ¡Ah, éste sí que estaba *mtahhar*! Recuerdo que iba a verme a casa de la señora y después cuando me cambié a la de Lal-la Zahra, siguió yendo a visitarme; siempre me daba dinero a escondidas «para que puedas ahorrar y salir de esta vida...», me decía; judío que era, pero más bueno que muchos de mis «amigos»; y yo nunca ahorré nada, no he sabido hacerlo; gracias por todo lo que has hecho por mí, Jacobo, querido; ¿dónde te has metido que ya no te veo?... Y miró hacia delante; era una mirada indecisa, angustiada, sin futuro; el horizonte lo tenía muy cerca de la cara. La mujer presentía que su soledad se haría eterna; que el delirio de la vida nunca cerraría los suspiros de su corazón.

Recuerda esos buenos tiempos cuando los oficiales españoles iban a buscarla al barrio de Nador; recuerda que a algunos iba a esperarlos cerca del matadero —previa cita, claro; se dijo con orgullo y sonriendo—, y que iba cogida de sus brazos hasta la choza donde pasaban un par de horas. Tiempos aquellos en que el dinero corría a raudales, y que podía permitirse buena ropa, buena comida y unos buenos dineros en su pequeño baúl; aunque tuvo que estar, también, con sudorosos hombres en las míticas chabolas de la prostitución en el barrio de Nador. Recuerda con tristeza aquel apuesto y guapo oficial español que la dejó encinta y que fue trasladado a una desconocida —para ella, que ni siquiera se acordaba del nombre— y misteriosa ciudad de España, y del que nunca más se supo nada. Tengo recogidas sus palabras en mi cerebro, pero ahora nada es humano ni verdadero; me decía que a la que deseaba era a mí, que si no era conmigo, no se acostaba con ninguna otra; ¿ha sido un sueño? ¿Habré tenido un hijo de verdad o son elucubraciones mías? Ha pasado tanto tiempo que ya ni siquiera sé si las cosas han pasado o simplemente son deseos que me atenazan y que considero reales para tranquilizarme. ¡Ah! ¿Y ese día en que se pelearon por ella dos soldados que casi se matan? Nunca lo olvidaría. ¡Las demás chicas —recuerda con nostalgia; no sonrío— estaba muertas de envidia! Fueron buenos tiempos, buenos hombres y casi todos eran *nesranis*; también algunos

² Cristiano.

³ Musulmán.

⁴ Circuncidado.

hebreos y musulmanes. Lo importante es que había trabajo... ¡Esto sí que lo recuerdo con claridad! ¿Mi hijo? Probablemente sea una quimera, como lo ha sido mi padre.

El bolso que llevaba en bandolera estaba casi totalmente lleno de fotos que se ponía a contemplar cuando estaba sola, como lo estaba haciendo en este momento, sentada en un banco público que encontró libre. También había un acta de matrimonio de tiempos del colonialismo español, el papel estaba amarillento por el paso del tiempo. Eran fotos muy manoseadas, dobladas algunas, raídas y carcomidos los bordes, ya acartonadas, todas. En uno de los bolsillos, con cremallera, de su bolso, el más pequeño, metía el dinero que le daban; no fuera que se le mezclara con las fotos y se le cayera cuando fuera a sacarlas para «revivir» los viejos tiempos, contemplando sus apagados retratos, en los que apenas se podían reconocer las caras. Se acordaba de cada una de las personas fotografiadas, no porque la imagen que tenía delante fuera nítida, sino porque sus caras las tenía grabadas en la mente, memorizadas. El banco en el que estaba descansando, daba al jardín de las Hespérides, y toda su atención estaba puesta en sus fotos; para nada quería saber lo que estaba ocurriendo entre policía y manifestantes; estaban alejados de ella en el espacio y en el alma. Dos fotos fueron las que más tiempo se pasó mirando —una era la de una pareja recién casada; y la otra, de la misma pareja, pero donde los fotografiados aparecen con edad más avanzada—. Aquel día todavía no había corrido la pequeña barra metálica de la cremallera para guardar el sustento diario que se ganaba con su ya vetusto y añejo cuerpo; la decrepitud se había adueñado de ella y de todo lo suyo. Era una pasita arrugada que en otros tiempos fue elogiada por todos los hombres que a ella se acercaban, precisamente por su esbelto y bien formado cuerpo. Vuelve a la realidad, al momento en que nadie se fija en ella. ¡Quién podía decir que iba a terminar así! ¡Mierda de vida! ¡Con este jaleo nadie se va a acercar a mí! Ahora le toca a Fátima. ¡Se está hinchando, la maldita! Pero que no se confíe mucho, porque ahí está su hermana que le espanta los clientes. Dicen que está enferma y echa unos olores nauseabundos... ¡De todas formas malos olores yo no tengo! ¡Ah, cómo me acuerdo de lo que me decía Julia! Ella me enseñó a vestir bien y a ponerme buenos perfumes; me aconsejaba que estuviera bonita y bien perfumada porque a los hombres eso les maravilla. Recuerdo que ella me inculcó la costumbre de inyectarme ese medicamento que me libraba de caer enferma; al principio lo pagaba la Señora, después, Lal-la Zahra y ahora me lo dan en el hospital, ¡qué buenos son conmigo! ¿Qué ha sido de ti, Julia? En esta foto aparezco como la más alta del grupo. ¡Y ahora que me he quedado tan bajita! ¡No lo entiendo! ¡Y estos estúpidos que no dejan de pelearse! ¡Así no se van a fijar que estoy aquí! Lo que más deseo es alcanzar un lugar sin inquietud, donde el demonio de las tormentas y del sufrimiento esté cansado y marchito y me deje tranquila.

Miraba las fotos y cada una de ellas la llevaba a una etapa diferente de su vida. La de la pareja recién casada y la de las primeras personas con edad más avanzada, le recordaban la trágica muerte que tuvo su madre; al periodo tan malo que tuvo que vivir sin ella... La lleva a pensar que nunca había abrazado a su querido padre; ¿estaría muerto verdaderamente?

Cosa curiosa, con su atuendo desentonaba un par de enormes pulseras de oro que nunca se quitaba de las muñecas. Las llevaba como algo que no tuviera el menor valor. ¡Los malditos chóferes de la «Valenciana» van todos a ver a Fátima! ¡A mí que me parta un rayo! Mostraba agitación y una mueca de desprecio se dibujó en su semblante.

Aicha ha visto surgir bajo sus pies la soledad más abierta; más despiadada; y delante ha llegado a sentir el sobresalto más inhumano; una lejanía inalcanzable, sin solución. Empezó a gesticular como una loca y una interjección malsonante le salió en voz alta. ¡Cabrones de mierda! ¡Y ahora éstos peleándose como locos! Antes de guardar las fotos, besó con un profundo amor, cerrando los ojos un largo rato, las de la pareja, después se levantó con gesto de enfado; siguió andando, mirando sin ver. Andar cuesta abajo le molestaría, pero no le quedaba más remedio que seguir; ha tomado la decisión de llegarse al puerto a probar suerte...

La policía recorría lentamente las calles en furgonetas. Detenían al primero que veían —a las mujeres no las molestaban—. Al pasar junto a ella, la saludaron con leves movimientos de la mano y la cabeza; ninguno quería delatarse ante los demás compañeros, como cliente de esa vieja. Al verles la cara —se habían quitado los cascos antidisturbios y los llevaban colgando de la correa, junto a la porra—, recordó a cada uno de ellos, cuando en su momento estuvieron con ella —cuando aún eran niños de los barrios más bajos de la ciudad—. Los detenidos no se veían, ya que estaban tapados por los cuerpos de los policías que ocupaban, de pie, la puerta del vehículo. Se dijo para sí que de entre esos invisibles detenidos también habría «amigos» suyos. Al llegar cerca de Lal-la Mennana, torció a la izquierda para ir al puerto. Allí, seguro que la gente le haría más caso, se fijaría en ella y podría sacar un buen dinero; ¡no como estos estúpidos que ni siquiera se fijan en mí! —lo dijo en voz alta, señalando allá lejos, a los manifestantes que ahora corrían de un lado para otro; parecía que estuviera hablando con una persona que estuviera delante—. La difícil pendiente —la pendiente de los alemanes— le molestaba al andar; los dedos tenían que trabajar más de lo normal, ya que hacían de frenos y le dolían porque las uñas se levantaban hacia arriba y tendían a separarse de la carne. Lo que más le molestaba era tenerse que alejar mucho de su escondite, pues eso indicaba que tendría que desandar todo lo andado, sobre todo si algún chico del puerto le pedía sus «servicios»; según estaban las cosas, no tenía elección. La marcha no le molestaba, ya que diariamente tenía que trasladarse de «Cal-lito» al centro, sin molestia alguna; cuando se cansaba de andar, se sentaba donde fuera y después seguía. Se sentía bien al hacer ejercicio; pero si aparecía ese eventual cliente, quería despacharlo pronto y cobrar, y si se hallaba muy alejada del Balcón Atlántico, tardaría en hacerlo. De pronto, surgidos de la nada, pasaron dos jovencitos corriendo, sorteando la puerta del *marsa*⁵ y casi cayéndose; a esos no los había visto nunca —porque ella se fija mucho en las caras de sus clientes niños—. Parecía como si llevaran el diablo en el cuerpo. ¡A estos dos los quiere coger la policía! ¡Seguro que un día u otro vendrán a pedirme que les espere en el escondite! No podían ser menos que

⁵ Puerto.

casi todos los jovencitos de la ciudad, que ya conocían mis «mieles»; se dijo en voz alta. Sus clientes eran en su mayoría niños creadores de leyendas que comenzaban a ser «hombres» con la llamada del sexo; para ella eran puertas de salvación que se abrían con el paso del tiempo... Al finalizar la pendiente, frente a la entrada de barros de hierro del puerto, abierta en ese momento, vio al «Calvo» —ella le llamaba así en sus adentros porque no tenía ni un pelo en la cabeza—, uno que le pagaba mejor que los demás —le daba dos pesetas—, se hallaba entre otros compañeros que no paraban de hablar en voz alta y de reírse a carcajada limpia mientras trabajaban. Estaban trasladando pequeñas cajas de pescado fresco —recién llegado al puerto en un pequeño barco de pesca— a la lonja. Un poco más lejos había unas cuantas mujeres que recogían lentejas del suelo; eran las que se les escapaban a unos sacos por los múltiples rotos que tenían; los pesados sacos eran trasladados de un enorme barco a un gran barracón por un grupo de fornidos y sudorosos hombres, todos ellos con gorros de lana calados hasta las orejas. Al verla, el «Calvo», muy joven a pesar de su calvicie, depositó encima de las otras cajas de pescado que aún había en el suelo la que tenía en las manos, y fue donde ella; el olor a pescado le acompañaba. Estaba trabajando normalmente, como si los problemas del centro de la ciudad no tuvieran nada que ver con él y los que por ahí estaban, cumpliendo con una jornada de trabajo normal para ganarse el sustento diario. Era un hombre atractivo y de una contextura muy fuerte.

—Me quedan unas cuantas cajas y termino. Espérame en tu sitio y voy para allá. ¿Has estado ya con otro?

—No, eres el primero. Págame. Así, aunque otro me lo pida le digo que estoy citada...

—Toma y vete; no quiero que se burlen de mí si me ven contigo.

Lo miró sorprendida, como queriendo saber la causa de las burlas que podían hacerle sus compañeros si lo veían con ella. Corrió la cremallera y con sumo cuidado introdujo las dos pesetas; volvió a cerrar la cremallera del bolso y se fue a esperar a su cliente, sin abrir la boca. Se decidió por la pendiente que lleva a el-Guebibat para llegar antes; en su caminar, cerca de las rocas donde rompen tranquila y suavemente las olas del río, se fijó en el maravilloso vuelo de las gaviotas y, sin pensarlo dos veces, se sentó en una enorme piedra cerca del agua; ¡ah lo que daría por poder volar como ellas! Presenciar el vuelo de las aves la hacía sentirse alegre y contenta y pensaba que por lo menos había unos seres en este mundo que podían sentirse felices y libres todo el tiempo; no como ella que no sabía lo que era ser feliz desde hacía muchísimo tiempo; Aicha se sentía sacudida por la bella realidad del momento... ¡Esa gaviota es mía! Y siguió el vuelo del ave que eligió como suya; al rato, se mezcló con las demás gaviotas y Aicha perdió su estela —¡no me importa que se me pierda, lo importante es que ella es feliz!—. Sintió que su pensamiento se hacía más grande, que la imagen del ave se anclaba en su pecho, regado por el río sanguíneo que palpitaba en su interior. Se levantó contenta, haciendo gestos con los brazos tendidos y ambas manos, en el vacío, como imitando el vuelo de las aves; ¡te amo, ave mía, compañera de este largo viaje! Sonreía y hasta canturreó una canción; las aves le

hicieron olvidar, por un momento, su cruda realidad y que tenía que ir a esperar a un cliente; a ofrecerle, en contra de su voluntad, su cuerpo decrepito.

El «Calvo», cuando le dio las dos pesetas y que ella se hubo ido, siguió con su trabajo; pero los demás compañeros lo vieron hablar con la mujer —lo que el joven temía se había hecho realidad— y se convirtió en la diana de sus bromas y burlas. Las mujeres que recogían las lentejas ni se fijaron en la presencia de la vieja prostituta; cada una se afanaba en acopiar más que las demás. Algunas venderían sus lentejas en algún rincón del Zoco Chico; otras, las llevarían a sus casas para alimentar a su familia.

—Con que Rahmuniyya, ¿verdad? ¿Lo haces de pie o sentado? Compra un colchón hinchable y llévatelo contigo, así podrás echarle con ella y pasártelo mejor.

—Después nos cuentas qué tal te ha ido...

—No olvides que vas a tener a la mejor tía de la ciudad...

—Ya deberías pensar en casarte y dejarte de estas sandeces.

—¡No entiendo cómo te atreves a irte con una vieja así! Es mayor que tu madre...

No les hacía caso. La culpa fue suya por hablarle delante de todos; no podía permitirse una chica de la lujuria de la ciudad —cobraban mucho dinero— y no le quedaba más remedio que irse con Aicha Rahmuniyya; el joven estaba ahorrando para abrir un negocio; deseaba tener un restaurante popular, donde la gente fuera a comer sardinas asadas... Al finalizar su trabajo, olvidado el incidente de las burlas, se lavó un poco, se cambió de ropa y fue directamente al Balcón Atlántico, de ahí se dirigió a la balaustrada que rodea al jardín y que da directamente al escondite de Aicha, saltando del lado de las rocas y la arena, cuando se cercioró de que los transeúntes que paseaban por el Balcón no se fijaban en él. En la acera estaba ella; nada más verlo se dirigió al caminito que bordea al cementerio y torció a la derecha, adentrándose entre las rocas, donde estaba el muchacho esperando. Cuando ya estaban juntos, casi pegados a la pared de la casa del «francés», ella le saludó con un ademán seco, sin abrir la boca; junto a un falso poyo —una roca lisa por su parte superior— se inclinó hacia adelante, con ambas manos apoyadas en el borde de la piedra; la falda ya la tenía levantada y le daba de espaldas al joven; el «Calvo»apestaba a pescado y a Aicha le molestaba, pero tenía que aguantarse. ¡A cuántos he tenido que soportar como éste! La gente y los coches transitaban sin verles, pues los dos furtivos estaban en medio de las sombras; en la mismísima boca del infierno. Tenían ante ellos la infinidad del mar y la soledad más espantosa de los muertos. El sol estaba en su ocaso y las nubes rojas los salpicaban con su sangre, a través del reflejo de las olas... Los muertos estaban continuamente al acecho; al menor descuido, muchos de ellos se llevarían a esa gente que venía a recordarles lo que en vida, probablemente, no pudieron hacer; la envidia los mataba más aún.

Aicha se sorprendió de los recuerdos que la asaltaron en ese momento. Se le presentó la casa abandonada por su madre; ¿por qué te moriste tan pronto, mamá? Sus salidas por las calles heladas en invierno y ardientes en verano; los hombres que conoció... El Fakih que la poseyó por primera vez en su vida. ¿Y Claudio? ¡Oh, querido, dónde estás que no vivo de tanto desearte! ¿Y ese tío que la

engaño? Bueno, ella fue una tonta porque aceptó irse con él a su casa —reconoció en sus adentros—. Es que era muy guapo y me dijo que en su casa tenía de todo y que me pagaría lo que yo le pidiera —a ver si se decide ya este jodidoapestoso—. Fui con él y resulta que en la casa había otros dos tíos. Se hincharon a follar y no me dieron ni un céntimo, ¡cabrones asquerosos! —Cuando éste empiece voy a centrarme en Claudio, así creeré que es él el que me penetra—. Pero el maldito olor a pescado no me deja pensar en mi Claudio. ¿Qué tendrán los hombres que no los quiero ni pintados? Si no fuera por su dinero... Bueno, Claudio es otra cosa...

El muchacho que estaba saciando su sed sexual, al finalizar se separó de ella y se limpió el pene con un pañuelo que sacó del bolsillo; al finalizar su operación de limpieza, lo tiró en dirección al agua; fue cuando la vieja se dio cuenta que su presente era otro, y que lo que acababa de revivir, era trozo de un pasado que mejor era no recordar. Ella llevaba un trapo blanco muy limpio en la cintura, debajo de la falda; lo utilizó para, a su vez, limpiarse el sexo y los muslos, chorreantes. Cuando se iba a su casa, lo lavaba escrupulosamente —recuerda que le daba asco, pero no le quedaba más remedio—, lo tendía para que se secase y lo volvía a utilizar al día siguiente.

El «Calvo» se fue sin abrir la boca. Ella tampoco la abrió.

II

*Y es sólo tu realidad sobre la tierra lo que me
deslumbra,
sólo tu ambiciosa realidad,
tu fiereza de estar donde se vive,
tu resuelta manera de ganar.*
Lourdes González.

El dinero escaseaba y teníamos que ingeniárnoslas como fuera para tener, cada uno de nosotros, como mínimo, una peseta cincuenta céntimos todos los días (seis reales, decíamos por aquel entonces; cuando hablábamos en árabe, que era la mayoría de las veces, decíamos: *setta del beliun*; cuando nos atrevíamos y chapurreábamos el español, decíamos eso de seis reales. Cuando comenzó a circular el dirham, seguíamos contando en pesetas, y seguíamos pagando lo que fuera y que costara ese precio *setta del beliun*: quince céntimos de dirham; cuando se trataba de diez céntimos de dirham, decíamos una peseta). No podíamos irnos a casa antes de apartarnos un momento con Aicha Rahmuniyya. Si lo hacíamos, siempre por carencia de medios, sentíamos que algo importante nos faltaba. Estar con ella era indispensable, como el agua. Si esto no se cumplía, sentíamos en el pecho sabores amargos y temblores de inquietud. ¡Qué grandes esos días con Rahmuniyya! ¡Qué feliz me ha hecho en momentos en que la vida nos lo negaba todo! He estado con mujeres maravillosas, pero lo que sentía con Aicha, siendo aún un niño, jamás lo he vuelto a sentir con ninguna otra. Es esa inmensa alegría de sentir que has ganado; que has conseguido lo que todos te prohíben. Nunca olvidaré el primer día que fui a visitarla con Sidi... Bueno, ese día permanecerá marcado en mi mente siempre...

El proyecto que teníamos esa jornada era el de pasarnos la tarde jugando al fútbol en el «campo» que habíamos hecho en el barrio; las porterías eran dos troncos hundidos en la tierra y atados por la parte de arriba con una cuerda; entre palo y palo contábamos siete pasos y delante poníamos una señal, también a siete pasos; era el punto para lanzar los penaltis; los límites los marcábamos con una larga hilera de tierra amontonada. Los partidos que jugábamos contra los niños de otros sitios de la ciudad, eran a «vida o muerte», porque nos jugábamos el orgullo de todo el barrio. Cuál fue nuestra sorpresa aquel día, que el «capitán» de nuestro equipo nos dejó fuera de la «convocatoria» a Sidi y a mi... Nos enfadamos mucho; sobre todo yo, que juré no volver a pisar ese campo —recuerdo que hasta consideraba que sin mi aportación perderían el partido; sinceramente, no sé a qué era debido que pensara así, pues era pésimo jugando al fútbol—. Claro, no me hicieron caso y me dejaron sin jugar. Sidi me dijo que no pasaba nada, que nos podíamos ir a pasear por ahí... Delante del matadero, un conocido del barrio pasaba y nos saludó.

—¿Sabéis de dónde vengo?

—(...)

—Acabo de follarme a Rahmuniyya.

—¿Cómo? ¿A estas horas?

La pregunta de mi amigo me sorprendió; dejaba entender que conocía el tema, que él había estado con esa tal Rahmuniyya pero en horas más tardías. No quise participar en la charla porque yo nunca había estado con una mujer, y no me apetecía que los demás lo supieran. ¿Cómo sería eso de hacer el amor? —me preguntaba continuamente—. ¿Sería lo mismo que cuando me masturbaba?

—Está en su sitio y no hay casi nadie por los alrededores...

Le estaba señalando a mi amigo cosas que conocían ambos. ¿Cómo es que nunca me ha dicho que él también se follaba a Rahmuniyya? Siempre nos contábamos todo, pero en este caso, Sidi me ocultaba cosas. El chico del barrio siguió su camino y nosotros permanecemos callados, yo por no decirle que era un traidor; él, seguramente, porque no tenía palabras para defenderse. Anduvimos un largo rato hasta que Sidi me dijo así, de sopetón:

—Si quieres vente y tú también lo puedes hacer.

—¿Por qué no me has dicho antes que lo hacías?

—(...)

Su silencio era una respuesta. Recuerdo que su mirada permaneció flotando en el aire y sus pupilas abiertas de par en par, pedían socorro a no sé quién, ¿deseaba tener mi perdón?

—¿Qué hay que hacer para visitar a esta tía?—. Hacía como que no le temía a la cosa. Como que también conocía a la mujer.

—Tener seis reales y esperar a que esté sola.

—Vamos. Tenemos dinero suficiente. Yo le pago a esa tía por los dos.

La primera vez que me metí en el caminito que lleva a su escondrijo, hasta que me dio miedo; mas en compañía de Sidi, me envalentonaba y le seguía los pasos. La encontramos esperando nuestra llegada —Sidi ya le había pagado frente a la parada de autobuses con el dinero que le di—.

—Pasa tú primero...

Sidi me empujó y me dijo que no temiera nada... No me gustó que me dijera eso, porque ella sabría que no había tocado a ninguna mujer. Rahmuniyya me daba de espaldas y se agachaba para que yo alcanzara a penetrarla... Quise dejarme puestos los calzoncillos; mi amigo me explicó que era mucho mejor si me los bajaba; ¿y el culo? ¡Se me va a ver el culo! ¡Déjate de tonterías y bájate todo el rollo! Así lo hice... Y sentí que conquistaba el universo, que entraba en el mundo de los seres vivos; mis miradas estaban frenadas en mis sentimientos, en mi alegría; olvidé por completo que tenía el culo al aire, en el alborozo de sentirme hombre —¡qué importaba que fuera una mujer vieja, lo importante era que tenía al sexo contrario entre mis piernas!—, la abracé como nunca había hecho con otra persona. Fue la luz que me permitió entrar en bellas imágenes de las formas humanas. ¡Ah, esa primera vez! Sidi también se bajó los pantalones y los calzoncillos y se puso detrás de la mujer. Tardó bastante más que yo. Cuando hubo terminado, la mujer se limpió con un trozo de tela blanca, que tenía

en una mano, el sexo y los muslos y se bajó la falda apartándose a un lado; en ningún momento nos dirigió la mirada. La dejamos y nos fuimos.

—Quiero hacerlo todos los días... ¡Es algo increíble!

—Teniendo dinero, lo podemos hacer cuando nos plazca...

Y hasta el presente sigo agradeciendo a mi capitán de equipo que aquel día nos dejara fuera a Sidi y a mí. ¿Habría tenido otra oportunidad como esa para que Sidi me llevara con él? ¡Ah, ese primer día con Rahmuniyya! ¿Cómo voy a poderla olvidar? ¡A propósito, Sidi obtuvo mi perdón para siempre jamás!

Nos apartamos del centro del patio, donde estaban los compañeros de colegio, para hablar de nuestro secreto; teníamos que asistir a clase y, al salir, llegar los primeros para estar con Aicha Rahmuniyya. Ninguno quería pasar después de los otros, aunque al final nos aguantábamos y lo hacíamos, fuera quien fuera el malparado. Ese día, para que fuera posible llegar los primeros, debíamos buscar un pretexto para salir del aula cinco minutos antes que los demás. Esto sí que no había que divulgarlo; sería la sorpresa y los demás llegarían después que nosotros.

—Nada más entrar en clase le voy a decir al maestro que mi padre me necesita para acompañarle al médico. Tú búscate otra mentira también.

—Voy a ponerme junto a la ventana, y cuando salgas, me escabullo.

—Si el profe se da cuenta, te castiga. Vamos a buscar otro rollo; creo que será mejor.

—No te preocupes. Sabré salir sin que nadie se dé cuenta. Me voy a sentar en el último pupitre, junto a la ventana que siempre está abierta. El maestro ni se dará cuenta que falto.

—Ya sabes, no deben descubrir que vamos a salir antes que ellos para irnos con Aicha.

Nos sentamos en clase como decidimos; uno en su sitio de costumbre, y el otro, yo, en el último pupitre, lleno de polvo —que limpié escrupulosamente con el pañuelo— porque generalmente estaba vacío y el polvo se había adueñado de él. Estábamos en el umbral de algo que anunciaba felicidad y satisfacción... las cosas que explicaba el maestro ni nos entraron ni nos salieron, tal era la emoción que nos embargaba...

El maestro, al ver que había un alumno tan separado de los demás, me llamó y me dijo que me pusiera en una de las filas de delante, que qué pasaba aquel día para que me sentara tan alejado de los compañeros; ¡además, el tintero está vacío! Señaló el maestro; ¡totalmente seco! Apostilló; «así que levántate y ponte en otro pupitre donde puedas escribir...». El golpe fue bastante duro; no llegaríamos los primeros para estar con Aicha. Angustia tremenda en mi corazón.

Nos miramos y nos hicimos señas, sin que ninguno entendiera al otro. Yo quería hacerle entender que me perdonara la estupidez; él no alcanzó a comprender y yo tampoco supe lo que quería decirme. Estábamos nerviosos y no sabíamos cómo resolver el «tremendo» problema que teníamos.

Durante el recreo, pudimos hablar y las cosas se enderezaron.

—¡Mira que olvidarme el tintero! Soy un estúpido de mierda. Podía haber cogido uno de cualquier pupitre que tuviera tinta y puesto en su sitio el seco... Así hubiera podido decirle al profe que tenía con qué escribir.

—Bueno, no pasa nada, veremos cómo se soluciona.

—Espérame a la salida. Intentaré escabullirme el primero cuando suene la campana. No olvides que ellos no saben lo que vamos a hacer. El factor sorpresa está a nuestro favor. Aunque me quede en el pupitre que me ha asignado el profe, saldré el primero.

—Bien, entonces te esperaré detrás del estanco porque yo tendré que salir un par de minutos antes; le he dicho al maestro que mi padre me espera, y no puedo echarme atrás. De ahí iremos corriendo.

No solíamos hablar con nadie de nuestras visitas a Rahmuniyya; cada cual iba a verla, saciaba su sed sexual y se callaba su secreto —secreto a voces; pues todos los demás lo conocían—, los únicos que iban juntos éramos nosotros dos; según teníamos entendido. Ella nunca comentaba nada a propósito de sus visitantes; los conocía a todos de cara pero no de nombre; seguramente que no le interesaban los nombres, sino las pesetas que podía recaudar. Cuando estaba con La Señora y con La Zahra; ¡buenos días aquellos! —solía decirme—, casi nunca se fijaba en las caras de sus clientes; pasaban por su vida como sombras, como espectros que no deseaba conocer... Ahora lo que más retiene es la cara de los niños que la visitan.

Cuando sonó la campana, salté de mi pupitre y salí corriendo; el maestro quiso decirme algo, pero no le hice caso y seguí corriendo hacia la puerta, dejándole con la palabra en la boca; nos unimos en el lugar señalado —mi amigo ya estaba esperándome— y echamos a correr. Los demás no podían pensar que queríamos llegar los primeros al Balcón. Ahí estaba ella, descalza y paseando donde menos gente había, frente al mercado —no estaba en su lugar de costumbre—. Sin pensarlo dos veces le dijimos que se dirigiera a su escondite. Generalmente ella se ponía a esperar a sus clientes en la parada de autobuses, pero aquel día la encontramos frente al mercado, cerrado a esas horas; el hallazgo nos ahorra tiempo. Eso nos ayudaba un poco más a poseerla antes que los demás.

—Todavía es de día. Os pueden ver.

—No te preocupes. Ten tu dinero y espéranos. Los pastores ya se han ido con sus cabras y ovejas, eso es lo que importa.

Los dos estábamos sudorosos y casi no podíamos respirar de la carrera. Ya entre las rocas, cuidando no pisar pedruscos que nos hicieran perder el equilibrio y porquerías que nos mancharan, decidimos que lo hiciera mi amigo el primero.

—¿Por qué venís siempre juntos?—. Era la primera vez que nos lo preguntaba. Su voz era dulce y hablaba en voz baja, como si temiera que alguien oyera lo que estaba diciendo. Su voz nos llegaba como un silbido; el único diente que tenía en la boca hacía de gargantilla y las palabras nos llegaron como un pitido raro que recordaba una flauta desafinada, pero cuyos sonidos eran dulces.

—Nos gusta hacerlo todo juntos.

Ya no volvió a decir nada más. Nuestras carpetas —que contenían el destino de cada uno de nosotros; pues en ellas estaban las matemáticas, la historia, los primeros pasos de la gramática de no sé quién, los poemas y relatos de los árabes preislámicos y de algunos españoles que ahora valoro mucho más que en esos días de «libertinaje» infantil—, las dejamos encima de una roca y nos desentendimos de ellas por completo. Estábamos ahí para olvidar que éramos escoria; estábamos en un lugar cuyo paisaje permanecerá inmortalizado en mi memoria para siempre jamás...

La gente que pasaba por la carretera o que estaba sentada en los bancos del Balcón —que están en las aceras, lejos de la balastrada— no podían pensar que dos jovencitos como nosotros, estaban con una mujer mucho mayor que ellos haciendo el amor entre piedras y suciedad, en un rincón mugriento y lúgubre, frente al cementerio. ¿Haciendo el amor? ¿Cómo se puede hacer el amor en las puertas del infierno? ¿Era esa acción el billete directo para ir al suplicio? ¿Éramos lo suficientemente réprobos como para no tener un pequeño lugar en el paraíso? ¿Era amor, follar a una vieja mujer como bestias entre inmundicias humanas y animales? Mi amigo y yo —cuando estábamos solos; después de terminar la «operación Aicha»—, no dejábamos de comentar esta posibilidad de ir directamente al infierno, pero la voluntad de saciar el hambre sexual podía más y pensábamos que Dios nos perdonaría, seguro; Él siempre perdona a sus creyentes... Entre sirle, boñiga, piedras y mojonos de excrementos humanos, saciábamos nuestra sed sexual, moviéndonos con cuidado para no ensuciarnos los zapatos; muchas veces terminábamos hechos una porquería; teníamos que ir corriendo a una fuente para lavarnos los zapatos. Lo jodido era que el asqueroso olor no quería desaparecer...

Ese día, hacía muchísimo frío y algunas gotas del agua marina llegaban a donde estábamos; al romper las olas en las rocas que había abajo, el viento traía hasta nosotros gélidas y acuosas ráfagas. A nosotros nos daba igual quién lo hiciera primero, lo importante es que habíamos llegado antes que los otros. Para nosotros era una aventura de luz que venía a abrigar nuestra oscura esperanza de una vida bonita. Nos adelantábamos a los niños cristianos y judíos. «Yo no quiero tocarla después de un hebreo», afirmaba con decisión mi amigo; «¿y por qué precisamente un hebreo?», quería saber yo; mi amigo no tenía respuesta que darme, me miraba como diciendo que yo era tonto, moviendo frenéticamente la cabeza de izquierda a derecha, como diciendo «no», pero sin decir nada. Cosa rara, nunca dijo que no quería «pasar» después de un *nesrani*; son cosas que nunca he podido entender... De lo que estoy seguro es que las chicas judías le gustaban mucho. Pero eran palabras huecas porque cuando llegábamos tarde y niños judíos habían pasado antes que nosotros, mi amigo no lo pensaba dos veces y sí que se quedaba su ratito con el culo al aire con Rahmuniyya —echando pestes de los judíos, eso sí—. Probablemente lo haría yo el primero en la próxima ocasión, pues esa vez él se acercó a ella primero; era lo que habíamos acordado.

Ese día permanecerá marcado en nuestra memoria, porque ocurrió algo que no esperábamos ninguno de los dos —hasta el presente lo seguimos comentando Sidi Ahmed y yo; fue algo que no se olvida nunca—. Cuando estábamos con ella, con los pantalones bajados uno —con el culo al aire y

follando como un animal— y con las manos en la correa esperando su turno, el otro, y ambos tiritando de frío, pero contentos de podernos saciar, la mujer se enderezó rápidamente y se apartó de mi amigo, bajándose la falda y escondiéndose algo que parecía atemorizarla, pegándose a la pared de la casa del «francés», como si quisiera hacerse invisible; la queja que brotaba de su garganta se parecía a una red de centelleos sonoros. Al volvernos, vimos entre los barrotes helénicos de la balaustrada que un vehículo policial pasaba por la carretera que bordea el Balcón. Se escandalizó y parecía como si algo muy malo le pasara; se diría por la actitud que tomó, que nos iba a dejar con las ganas. Dejó a mi compañero y amigo de andanzas con los pantalones bajados, y con la verga enderezada. Éste la siguió con la agilidad que le permitían las cinturas del pantalón y de los calzoncillos que le envolvían ambas piernas por la parte de los tobillos, levantándole la falda y ansioso de finalizar lo que había empezado; ella se zafaba empujándolo, alejándose de él y de la roca que le servía de apoyo, pero sin decir nada; él no le hacía caso, la volteó con fuerza, la apretó de cara contra la pared de la casa del «francés», le levantó la falda y cuando consiguió ponerla frente a él, la penetró con rabia. «¿Por qué les tienes miedo? Ellos también han estado aquí»; dijo casi gritando mi amigo. Cuando el coche de la policía desapareció, todo volvió a la normalidad; se volvió a agachar con las manos en la roca-poyo y se desentendió de lo que pudiera hacer mi amigo con su cuerpo; recuerdo que sus cuerpos me parecieron cosidos en la misma silueta.

Después me tocó a mí; lo mío no fue tan accidentado como lo de mi amigo —no pasó la policía ni nadie nos molestó y también pasé mi momentito con el culo al aire, que por cierto se me heló—. Terminamos y la dejamos sola cerca del poyo que utilizaba para sus faenas sexuales; se quedaba sola en medio del universo —recuerdo que ese día me limpié el pene con el pañuelo que me sirvió para quitarle el polvo al pupitre y hasta me dio asco—; Aicha acariciaba esa roca testigo de las andanzas amorosas de infinidad de niños; donde desafiaba el firmamento, las estrellas y las tumbas de miles de muertos que la odiaban a muerte; al irnos no podíamos saber en qué estaba pensando ni cuáles podían ser sus angustias; únicamente nos servía para ir perdiendo la timidez de enfrentarnos al otro sexo y saciar nuestra hambre carnal; estaba al alcance de nuestras débiles posibilidades pecuniarias —en los burdeles no nos dejaban entrar por dos causas: la edad que teníamos, pues éramos unos mequetrefes; y porque el dinero que podíamos conseguir no nos alcanzaría para pagar a una chica de los lujuriosos—. Nuestro egoísmo era extremo. Mi tristeza actual es sentir la injusticia que íbamos arrastrando en contra de esa mujer; ¿podré, algún día, romper esas ataduras del pasado?

Cuando terminé y ya sentía la confortable tela de los calzoncillos y del pantalón devolviéndole la temperatura normal a las nalgas, cogimos nuestras dichas carpetas —portadoras del saber—, y la dejamos sola sin decirle adiós. Nunca se lo decíamos. Al alejarnos de ella, se limpió entre los muslos y se sentó en la roca inmortal; que sigue en su sitio desafiando el paso de los años. Me volví a ver lo que hacía y vi que abría su bolso y sacaba un montón de fotos. Me paré y pude ver que también sacaba un papel doblado que puso a un lado, en el banco de piedra, y fue viendo las fotos y poniéndolas encima. Sabía que yo estaba mirándola, pero no me dio ninguna importancia y siguió con lo suyo. Sus dos

enormes y pesadas pulseras de oro —una en cada antebrazo— casi se le salían de lo delgadas que estaban las muñecas; mucho más tarde, cuando nos hicimos amigos, me contó la historia de las pulseras.

Al llegar a la carretera, satisfechos de haber sido los primeros en saborear las mieles de Aicha, nos cruzamos con un muchacho mucho mayor que nosotros que iba a verla; éste no era alumno, trabajaba en la empresa Eléctricas Marroquíes. Recordamos —pues lo comentamos nada más verlo— que una vez nos lo encontramos en plena faena, y nos dijo que nos fuéramos por ahí a tomar por saco y por otros sitios, enfurecido por haberlo descubierto. Ese día, la vieja mujer no se inclinaba hacia adelante, sino que estaba sentada encima de los muslos del chico y dándole de espaldas; él, totalmente sentado con las nalgas encima de la fría roca, la tenía abrazada contra su pecho; los dos nos miraban de cara. Ella ni se inmutó, el muchacho sí, y mucho —la echó a un lado y nos amenazó levantando con furia los brazos; no pudo hacer nada porque estaba con «todo» al aire—. Tuvimos que irnos corriendo para evitar su ira, y regresar más tarde, cuando le vimos irse. Ese día, recuerdo, quisimos hacerlo como él, pero sentados no alcanzábamos con los pies al suelo para encontrar el ansiado punto de apoyo para darle impulso al cuerpo y poderla penetrar; además, como el experimento lo quise hacer yo, sentí una frialdad molesta, por lo exagerada, en las nalgas y en los muslos; Aicha se tuvo que poner como de costumbre, dándonos de espaldas y agachándose. Todavía no teníamos la estatura suficiente para hacer cosas de hombres. Ahora recuerdo que la primera vez que lo hice de esa guisa —cuando crecí un poco más—, no me gustó y se lo comenté a mi amigo. No obstante, sacudíamos la nada en que estábamos sumidos, buscando en esa mujer el único clima del paraíso terrenal al que podíamos acceder; ¡gracias, Aicha, por los momentos dulces que nos diste partiéndote el alma!

Al alcanzar el centro de la ciudad, cerca del Café Central, nos cruzamos con tres compañeros de clase. Uno de ellos, alto y fuerte, se alejó de los demás y, ya junto a nosotros, nos dijo con rabia:

—¡Cabrones de mierda! Como mañana queráis pasar los primeros, os mato.

—¡El cabrón lo serás tú! Tienes que correr más que nosotros para llegar el primero. Ahora está con un tío... Vas a tener que esperar.

—¿Hay mucha gente en el Balcón? —Se estaba apaciguando, y era como si el insulto y la cólera mostrados al principio, no fueran más que bromas, porque hasta nos sonrió—.

—Sí, pero como siempre, nadie se fija en nosotros. Por ese lado, que huele tan mal, nadie se asoma para ver el mar.

—Ya nos veremos más tarde, hasta luego. ¿Vais a ir al entrenamiento?

—Naturalmente.

El compañero mastodonte parecía que ya no estuviera molesto. Incluso nos dio un par de palmaditas en las espaldas a los dos y nos guiñó un ojo sonriendo y enseñando hasta las muelas, en señal de complicidad, antes de volver con sus dos acompañantes. Ese, muy bien podía pasar por

hombre e ir a los prostíbulos, en lugar de hacernos la competencia... Su estatura se lo permitiría, seguro...

Tomamos la Puerta de la Medina y al entrar al Zoco Chico doblamos a la izquierda, nos metimos por el barrio de el-Guedibat. Al llegar junto a un vendedor de *sfnch*⁶, mi amigo me invitó a merendar —él siempre tenía más dinero que yo—. Con un par de buñuelos cada uno, nos sentamos en unos escalones que había un poquito más allá de la tienda y nos pusimos a comer. Las pobres carpetas nos sirvieron de cojines —nos sentábamos encima del saber—; nos sentamos encima para guardarnos de la frialdad. Teníamos enfrente el mausoleo de Sidi Mohamed Cherif. Cosa curiosa, lo veneraban judíos y musulmanes. En ese preciso momento pasaron dos judías y una musulmana cerca de donde estábamos y entraron en el pequeño recinto del mausoleo (conocíamos a las judías por su atuendo y su pañuelo negro —que también usaban como rebozo con una de las manos—; llevaban indumentaria occidental y hablaban español, era un español raro, pero español; a las musulmanas las reconocíamos por su inconfundible chilaba o porque llevaban *haïke*; rara la musulmana que fuera vestida a la usanza europea).

—¿Qué le pedirán a Sidi Mohamed Cherif? Dije señalando a las tres mujeres.

—Las judías no sé lo que podrán pedirle, pero las musulmanas seguramente le pedirán que les dé marido, trabajo, que el marido o el hijo salga de la cárcel, que nunca enfermen y cosas así... ¿Por qué no vendrán también las *nesranías*? Porque si Sidi Mohamed Cherif es bueno con musulmanes y judíos, también lo tendrá que ser con los cristianos. Vamos, digo yo...

En ese momento salían del mausoleo unas mujeres judías. Iban charlando entre ellas, con una mano tapándose la cara con el inconfundible pañuelo negro que les cubría la cabeza.

—Rabbi Galili no nos defraudará. Él nos ayudará para que nuestro *mazzan* sea bueno...

—Sí, hermana; Rabbi Galili no nos puede olvidar... Sus voces apenas nos llegan, pues el rebozo las apaciguaba.

—¿Quién será Rabbi Galili? Porque aquí está enterrado Sidi Mohamed Cherif...

—¡Oye, es verdad! No entiendo nada...

Nos lavamos las manos —que chorreaban aceite— y la boca en el grifo público que había cerca y decidimos bajar la pendiente para ir a la cancha de baloncesto. Llevábamos las carpetas y nos molestaban mucho.

⁶ Buñuelos.